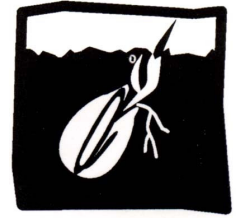


3.º domingo de Cuaresma A

***Dame esa agua viva:
así no tendré más sed. (cf. Jn 4,15)***



Primera lectura

Exodo 17,3-7

En aquellos días, el pueblo, torturado por la sed, murmuró contra Moisés: – ¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?

Clamó Moisés al Señor y dijo: – ¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen. Respondió el Señor a Moisés: – Preséntate al pueblo llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el río y vete, que allí estaré yo ante ti, sobre la peña, en Horeb; golpearás la peña y saldrá de ella agua para que beba el pueblo.

Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Y puso por nombre a aquel lugar Masá y Meribá, por la reyerta de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor diciendo: ¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?

Segunda lectura

Romanos 5,1-2.5-8

Hermanos y hermanas: Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos; y nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; – en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir –; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros.

Evangelio

Juan 4,5-15.19b-26.39a.40-42

En aquel tiempo llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía.

Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: – Dame de beber.

(Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.)

La samaritana le dice: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Jesús le contestó: – Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.

La mujer le dice: – Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?

Jesús le contesta: – El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

La mujer le dice: – Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla. Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.

Jesús le dice: – Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad.

La mujer le dice: – Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga él nos lo dirá todo.

Jesús le dice: – Soy yo: el que habla contigo.

En aquel pueblo, muchos samaritanos creyeron en él.

Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: – Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo.

Meditación

Jesús pidió agua a una mujer samaritana. La extrañeza de aquella mujer fue tremenda. Primero por la enemistad multisecular entre judíos y samaritanos. También se extrañan los discípulos: la conversación de un Rabino con una mujer era considerada como no recomendable.

El relato de lo ocurrido sirve para encuadrar la enseñanza. Jesús se adelanta a ofrecer agua viva. Jesús piensa en el agua que produce la vida eterna. Es el don de Dios, que no es distinto de Dios mismo, y que se da en Jesús. La Samaritana lo entiende del agua fresca y corriente. La escena está cargada de ironía. La Samaritana entiende literalmente las palabras de Jesús: pero esto sirve de ocasión para que Jesús se explique.

El escenario, además de ser real, tiene un gran alcance simbólico. El pozo de Jacob representa el Antiguo Testamento. Jesús es mayor que Jacob. El agua del pozo de Jacob podía apagar la sed física; pero Jesús ofrece un agua de otra naturaleza. Agua que puede satisfacer las exigencias más profundas del corazón humano. El lenguaje es existencial. Sólo quien haya experimentado la sed del desierto puede entender que el agua es el don más preciado, el símbolo de lo único que al hombre puede satisfacer plenamente.

La mujer samaritana comienza a entender y consiguientemente a pedir. Ella se ve impresionada, porque cae en la cuenta de estar ante un profeta. Entonces introduce en la conversación un tema debatido: el auténtico lugar del culto, ¿Jerusalén o el Garizim? Jesús, aun reconociendo que la salud surgiría de entre los judíos, se sitúa por encima de aquellas "cuestiones disputadas". El lugar donde el hombre puede entrar en contacto con Dios no es ni Jerusalén ni el monte Garizim, sino la persona de Jesús.

Dios es espíritu. La afirmación sirve, sobre todo, para acentuar la posibilidad de un culto totalmente desligado de las limitaciones que impone cualquier clase de localización. El culto que él quiere es el culto en espíritu y en verdad. Dios es la fuente de la vida y, por tanto, el inspirador del culto que le agrada. La verdad equivale a la fidelidad.

Fidelidad de Dios, que ha realizado en Cristo aquello a lo que apuntaban tanto Jerusalén como el Garizim. ¿Podría hablarle del culto dado al Padre a través de Cristo – que es la verdad – bajo el impulso del Espíritu?

Las dificultades han ido resolviéndose y llega el momento culminante de la escena: la auto-manifestación de Jesús: Yo soy el que está hablando contigo. Partiendo de esta auto-revelación de Jesús se comprende que:

a) su alimento sea hacer la voluntad del Padre. Es el medio para tener el acceso a la vida eterna; b) que estamos en el tiempo de la siega, símbolo normal, dentro de la imaginería del judaísmo, del juicio. El juicio se está realizando ahora; c) unos siembran y otros cosechan. Es la actividad misionera de la Iglesia; d) la fe en Jesús nace del testimonio y del contacto personal con él; e) Jesús es descubierto como el salvador del mundo.

Notemos finalmente cómo el contacto con Jesús ha ido descubriendo su múltiple significado en aquella mujer: un peatón judío, un señor, un profeta, el Mesías, el salvador del mundo. Todo un programa.

3.º domingo de Cuaresma A

***Dame esa agua viva:
así no tendré más sed. (cf. Jn 4,15)***



Primera lectura

Exodo 17,3-7

En aquellos días, el pueblo, torturado por la sed, murmuró contra Moisés: – ¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados? Clamó Moisés al Señor y dijo: – ¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen.

Respondió el Señor a Moisés: – Preséntate al pueblo llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el río y vete, que allí estaré yo ante ti, sobre la peña, en Horeb; golpearás la peña y saldrá de ella agua para que beba el pueblo. Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Y puso por nombre a aquel lugar Masá y Meribá, por la reyerta de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor diciendo: ¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?

Segunda lectura

Romanos 5,1-2.5-8

Hermanos y hermanas: Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos; y nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; – en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir –; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros.

Evangelio

Juan 4,5-42

En aquel tiempo llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía.

Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: – Dame de beber.
(Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.)

La samaritana le dice: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Jesús le contestó: – Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.

La mujer le dice: – Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?

Jesús le contesta: – El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

La mujer le dice: – Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla.

Él le dice: – Anda, llama a tu marido y vuelve.

La mujer le contesta: – No tengo marido.

Jesús le dice: – Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad.

La mujer le dice: – Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.

Jesús le dice: – Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad.

La mujer le dice: – Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga él nos lo dirá todo.

Jesús le dice: – Soy yo: el que habla contigo.

En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: "¿Qué le preguntas o de qué le hablas?"

La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: – Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será éste el Mesías?

Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él.

Mientras tanto sus discípulos le insistían: – Maestro, come.

Él les dijo: – Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis.

Los discípulos comentaban entre ellos: – ¿Le habrá traído alguien de comer?

Jesús les dice: – Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra.

¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así, se alegran lo mismo sembrador y segador.

Con todo, tiene razón el proverbio: "Uno siembra y otro siega". Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron, y vosotros recogéis el fruto de sus sudores.

En aquel pueblo, muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: "Me ha dicho todo lo que he hecho".

Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: – Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo.